



La economía insular

El documento titulado *La Economía Insular*, obra de Alejandro Arranz, Francisco M. Sierra, Clemente del Río y Gabriel Escobar, es quizá uno de los trabajos más destacados de la *Estrategia* desde el punto de vista técnico y, además, con la excepción de los documentos sobre los sectores ambientales clave, de los más concretos a la hora de aclarar cuáles son las líneas directrices que deben marcar los programas propuestos. Sin embargo, esos mismos criterios muestran con claridad las limitaciones de la *Estrategia* para poder ser enmarcada en el campo del desarrollo sostenible y su adscripción, más real, a la esfera del crecimiento sostenido. Se propone, al fin y al cabo, racionalizar y mantener un crecimiento económico y, por tanto, turístico, que contradice la insostenibilidad que muchos datos de la propia *Estrategia* ponen de manifiesto.

El área de economía se sitúa en un ámbito ideológico en el que las discrepancias con los ecologistas son absolutas. Se ignora por completo la crisis ecológica global en la que debe enmarcarse la situación lanzaroteña, y sus consecuencias más importantes. Existe una renuncia, de carácter ideológico, a la utilización de cualquiera de los instrumentos económicos habituales para combatir la crisis ambiental y una ausencia preocupante de todo lo que suene a sector público o planificación del futuro económico de la Isla. La imprescindible diversificación de la economía local queda en nada y la alternativa turística propugnada se puede caracterizar perfecta-

*La crisis global
del medio
ambiente
obedece
esencialmente
al perverso
funcionamiento
del sistema
económico*

No encontramos la más mínima referencia a la crisis ecológica que afecta al mundo en el que habitamos

mente de insostenible; amén de contradictoria con, al menos, otras tres áreas de la *Estrategia*.

Resumiendo, el informe se sitúa en una posición tradicional de defensa del crecimiento económico que ignora las consecuencias y manifestaciones más relevantes de la crisis ecológica, causada fundamentalmente por ese mismo crecimiento económico. No podemos dejar de manifestar nuestra extrañeza por una propuesta económica de este tipo en una *Estrategia* que pretende dirigir la Isla “hacia el desarrollo sostenible”. Por ello, este artículo se dedica más a cuestionar las líneas directrices del trabajo que a tratar de diseccionar los programas concretos.

1. El crecimiento económico

Cuando se habla de sostenibilidad y de economía conviene comenzar por el principio, a fin de no perdernos por los trillados caminos del desarrollismo económico tradicional. De otra forma, y con palabras de Kenneth Boulding: “quien crea que el crecimiento exponencial puede durar eternamente en un mundo finito, o es un loco o es un economista”. En el caso que nos ocupa, nos encontramos ante un economista para quien, *por encima de cualquier otra consideración, el desarrollo económico tiene como finalidad principal la mejora de las condiciones de vida de la población*. Ni sostenibilidad, ni escasez de recursos, ni generaciones futuras, ni medio ambiente: *condiciones de vida de la población*, que tal y como se concretan en el informe *La Economía Insular* bien podría traducirse por crecimiento del Valor Añadido Bruto, o sea, más ingresos.

Parece mentira, pero no queda más remedio que volver a repetir que no es posible la expansión material indefinida en un sistema finito como la biosfera que habitamos. Y esta afirmación obliga a emprender una reducción sistemática del impacto ambiental de las actividades humanas, y sobre todo de las económicas. Convendrá lograrlo, preferentemente, mejorando la eficiencia ambiental de nuestras economías (es decir, reduciendo de forma sistemática el impacto ambiental por unidad de producto), pero también habrá que estar dispuestos a disminuir el volumen global de actividad cuando no quede otra opción. Producir de forma ecológicamente eficiente quiere decir minimizar el flujo de energía y materiales que recorren nuestros sistemas productivos, maximizando el bienestar que obtenemos de él. Hemos de aprender a hacer más con menos; y, sobre todo, desengancharnos de la adicción al ‘cuanto más mejor’ y, por consiguiente, aprender a decir ‘es suficiente’. Es mucho lo que nos jugamos en la transición a una cultura de la auto-

limitación, de la sobriedad, de la austeridad autodeterminada.

Pues bien, nada de esto, ni algo parecido, podremos encontrar en el documento que nos ocupa; más bien todo lo contrario: una propuesta de crecimiento económico clásico, con la única salvedad de una cierta regulación del número de camas turísticas, y apenas maquillada por algún adjetivo. Hoy en día, parece incuestionable que la crisis global del medio ambiente obedece esencialmente al perverso funcionamiento del sistema económico. Y a pesar de que la economía debiera ser la ciencia encargada del estudio y asignación eficaz de los recursos escasos, la consideración durante mucho tiempo de la abundancia y gratuidad de la naturaleza y sus recursos no ha favorecido un acercamiento de las teorías económicas a las cuestiones ambientales hasta que éstas han empezado a manifestarse de forma contundente ante el fracaso del ‘desarrollismo’ y del modelo de civilización tecnológica actual.

Desde el final de la Revolución Industrial la sociedad occidental ha considerado que el progreso económico consistía en crear riqueza monetaria que podía medirse por el tamaño de la Renta Nacional. La crítica a la identificación del crecimiento de PNB con un mayor bienestar atiende fundamentalmente a dos razones: primera, a que hay ciertos indicadores sociales y ecológicos que parecen verse adversamente afectados por el crecimiento de PNB y, segunda, a que el bienestar se liga al consumo —que aumenta con el crecimiento de PNB— lo cual estaría significando que cuantos más bienes consuma la población (bienes entre los cuales estarían el tabaco, el alcohol y también recursos no renovables) mayor bienestar se conseguiría. Esta visión del éxito económico, que es la que una preocupación por el medio ambiente pone en tela de juicio, es precisamente la que subyace en el informe económico de la *Estrategia*. De hecho, podríamos resumir la propuesta de esta área por uno de sus objetivos clave: *El Valor Añadido Bruto total de Lanzarote crecería un 4,4% anual en términos reales, pasando de los 158.000 millones de pesetas a 244.000 millones*. Nos encontramos ante un documento que se inserta en las posiciones clásicas del ‘desarrollismo’ a ultranza y que, por tanto, propone un crecimiento económico superior a cualquiera de los que en estos momentos pueda soñar cualquier departamento de economía del mundo occidental.

De hecho, cuando se examinan los *objetivos*, o *los principios rectores que deberían guiar las futuras actuaciones a emprender*, no encontraremos mención alguna a la sostenibilidad, ni a la escasez de los recursos, ni a la conservación del medio ambiente, ni a las

Hoy no estaríamos hablando tantísimo de ‘desarrollo sostenible’ si nuestro desarrollo lo fuera

generaciones futuras; resumiendo, no encontraremos la más mínima referencia a nada que tenga que ver con la crisis ecológica que afecta al mundo en el que habitamos. Así, por ejemplo, se inicia la caracterización de la situación de la economía lanzaroteña diciendo: *A las puertas del año 2.000, el desafío económico de Lanzarote no es la escasez de oportunidades de empleo, como en la mayor parte de Europa, sino cómo conservar, cualificar y diversificar las existentes.* Y en la continuación no encontraremos de nuevo ni una sola alusión a que el desafío pueda ser la transformación sostenible de nuestra economía. De la misma forma, cuando se describe el escenario sostenible propugnado se comienza señalando: *Si la sociedad adopta la calidad como referente estratégico de sus decisiones, el panorama que se describe a continuación es plausible en la realidad.* El panorama se resume en ocho puntos, y una vez más nos resultará imposible hallar en ellos una llamada o referencia a la posibilidad de que la sociedad pudiera adoptar la sostenibilidad como referente estratégico.

El 'desarrollo' se define aquí como crecimiento económico

Ejemplos como los anteriores podríamos repetirlos hasta la saciedad. Lo que sí defiende el documento es una visión mercantilista del medio ambiente: *El medio ambiente, la singularidad, la calidad del entorno ambiental y de los hábitats urbanos son, sin duda, nuevos valores sociales cuya demanda está en alza y que son, por tanto, susceptibles de generar rendimientos económicos.* La crisis ecológica no encuentra cabida, pero si el medio ambiente puede generar rendimientos económicos, entonces sí debe ser tenido en cuenta; aunque se utilice para lograr un crecimiento económico que ya hace tiempo se ha demostrado insostenible y dañino para el entorno. No puede dejar de extrañar que en una estrategia de desarrollo sostenible nos encontremos con un texto –el área de economía, nada menos– que se inserta en el ‘desarrollismo’ económico más clásico e insostenible.

2. El desarrollo sostenible

La noción de sustentabilidad es básica para el ecologismo, y quizá se trate de su contribución más importante para la reconstrucción del pensamiento crítico y de una teoría económica a la altura de los problemas de nuestro tiempo: en particular, los problemas planteados por una crisis ecológica global, que actualmente pone en entredicho el mismo ser o no ser de las sociedades humanas. En efecto, hoy no estaríamos hablando tantísimo de ‘desarrollo sostenible’ si nuestro desarrollo lo fuese. En esencia, el contenido de la sustentabilidad es el siguiente: los sistemas socioeconómicos han de ser

indefinidamente reproducibles sin deterioro de los ecosistemas sobre los que se apoyan. Dicho de otra manera: las actividades humanas no deben sobrecargar las funciones ambientales, ni deteriorar la calidad ambiental de nuestro mundo. Preocupaciones que ni aparecen por el documento que analizamos.

Hoy en día, las discusiones acerca de la sustentabilidad de nuestras economías discurren entre dos escuelas: la que suele denominarse Economía Ambiental trata de resolver, por medio de reformas relativamente ‘suaves’, la contradicción entre el medio y el capitalismo, mientras que la llamada Economía Ecológica constituye una escuela que aborda de forma mucho más radical una auténtica transformación del sistema económico. Pues bien, el documento que nos ocupa ni siquiera tendría cabida entre los sectores más conciliadores de la Economía Ambiental. Y esto es así porque el ‘desarrollo’ se define como crecimiento económico. Pero este ‘desarrollo’, tal y como lo conciben los economistas convencionales, y la noción de ‘desarrollo sostenible’, en cuanto concepto ecologista, no son términos emparentados, sino antagónicos.

Definido en el Informe Brundtland, la meta del desarrollo sostenible ha tenido una aceptación prácticamente general. Para algunos, esta acogida en apariencia casi universal genera sospechas. El término ‘desarrollo sostenible’, tal y como es utilizado en el documento, se presenta cual varita mágica capaz de hacer desaparecer los conflictos entre la protección medioambiental y el crecimiento económico. Parece dar a entender que podemos conservar el pastel y, al mismo tiempo, comérmolo; que ya no es inevitable que el avance industrial cause degradación del medio ambiente. Podemos tener, en cambio, desarrollo sostenible para que todo el mundo puede ser a la vez rico y verde. No obstante, los defensores del medio ambiente señalan acertadamente que los conflictos permanecen porque la protección del medio ambiente implica poner restricciones a la actividad económica. Aunque el crecimiento económico y la conservación no sean incompatibles, siguen siendo compañeros molestos. Ciertamente, hay un grave peligro en limar las diferencias entre ambos: el riesgo de que el desarrollo sostenible se constituya en una pantalla verde para seguir como siempre.

Con todo, estas anomalías no justifican el rechazo de la noción de desarrollo sostenible. Para el desarrollo sostenible, lo mismo que para otros conceptos impugnables, la clave reside en el núcleo de su significado, es decir, esa parte que se mantiene siempre, no importa cómo sea interpretado. En él hay tres elementos clave. El

Desarrollo sostenible implica que la política económica tiene que cambiar

*A la hora de
analizar la
situación o
proponer
alternativas, ni
la globalidad ni
la desigualdad
parecen existir*

primero es la obligación de introducir consideraciones medioambientales en la toma de decisiones de la política económica; ligazón que no se ha producido en la actividad económica tradicional: la política medioambiental y la económica se han mantenido separadas. En segundo lugar, el desarrollo sostenible incorpora un compromiso ineludible con la equidad. El uso del término ‘desarrollo’, conjuntamente con la referencia explícita a ‘necesidades’, que hace la definición del Informe Brundtland, están tomados del vocabulario del Tercer Mundo, donde las mejoras en los niveles de vida carecen de significado a menos que incluyan las de los pobres. Así, el desarrollo sostenible no implica simplemente la creación de riqueza y la conservación de recursos, sino también su justa distribución, ya que un compromiso con la equidad global requiere un reparto más equitativo entre el Norte y el Sur. Además, la sostenibilidad es un compromiso con alguna forma de equidad intergeneracional, o justa distribución de los beneficios y costes medioambientales entre las generaciones. El tercer elemento del significado esencial de desarrollo sostenible también proviene de la palabra ‘desarrollo’. Es significativo que el Informe Brundtland no usara la expresión ‘crecimiento sostenible’ (en la que sería más fácil enmarcar el documento). El crecimiento económico está representado por incrementos en el ingreso nacional; en cambio, el concepto de desarrollo implica algo más amplio, una noción de bienestar económico que reconoce componentes no monetarios. Tanto en su compromiso bidimensional con la equidad, como en su apertura a componentes no monetarios del bienestar, el concepto de desarrollo sostenible comporta una radical divergencia con la política económica global. Casi con cualquier interpretación, desarrollo sostenible implica que la política económica tiene que cambiar.

Y, desde luego, ese cambio no aparece en *La Economía Insular*. Ni en el análisis de la situación actual, que se resume en doce puntos (págs. 7-8), sin que ninguno se refiera a aspectos sostenibles o insostenibles de la realidad económica lanzaroteña; ni en la caracterización del escenario sostenible que se propone (pág. 19), concretado en cinco puntos, entre los que tampoco hallamos la más mínima referencia a la sostenibilidad entendida de cualquier manera que quiera entenderse. Únicamente entre los *principios rectores de la estrategia económica Lanzarote en la Biosfera* (págs. 22-24) encontramos una referencia a la sostenibilidad, la segunda de las metas planteadas: *Asegurar la sostenibilidad del desarrollo en el curso del tiempo*. ¿Cuánto tiempo, durante cuántas generaciones, podría la sociedad lanzaroteña seguir creciendo y acogiendo visi-

tantes al ritmo marcado por la *Estrategia*? Además, cuando se concreta, la sostenibilidad se encuentra resumida en el *activo más valioso en cualquier proceso de desarrollo sostenido* (que no sostenible), *como es el capital humano*. No es que despreciemos, ni mucho menos, el capital humano, pero resulta difícil comprender cómo se entiende la sostenibilidad.

3. Una aldea global e injusta

A este respecto, leyendo el documento se tiene la sensación, como en tantas otras ocasiones, de que la economía pudiera ser una técnica sin alma. Sin embargo, conviene traer a colación lo que hace años manifestaba Gunnar Myrdal: “La economía es una ciencia moral que, en principio, fue reconocida como tal por nuestros predecesores hace cien y hace doscientos años, pero ello a menudo se olvida hoy”. Por tanto, no podemos eludir ni desligar los dos grandes problemas que afectan al conjunto del planeta: el alcance global y desigual de la crisis. Sobre la inmoral desigualdad, tanto en su aspecto Norte-Sur como en el que afecta a la sociedad lanzaroteña, nada se declara en el trabajo; sobre el alcance global, una mención: *El análisis de la economía de Lanzarote debe partir necesariamente de su inserción dentro del sistema global*. Pero tras la frase citada, ni un sólo comentario más a lo largo de todo el documento; a la hora de analizar la situación o proponer alternativas, ni la globalidad ni la desigualdad parecen existir.

La sostenibilidad carece de viabilidad si no se aplica a nivel global. Máxime, porque gran parte del deterioro del medio físico en el Sur es consecuencia directa de la actividad económica del Norte, en una doble vertiente. De un lado, porque el medio ambiente en el Sur se degrada en el proceso de producción de bienes de consumo para exportar al Norte, provocando el agotamiento de zonas pesqueras, la tala de bosques, la erosión de los suelos y la destrucción de áreas vírgenes. Incluso la degradación causada por los cultivos de subsistencia suele tener sus raíces en el desplazamiento de comunidades tradicionales a tierras más frágiles ante la presión ejercida por propietarios y gobiernos que, acuciados por el enorme peso de su deuda externa, orientan su producción hacia la exportación. De otro lado, porque algunos de los más graves problemas medioambientales, como el efecto invernadero y el agotamiento de la capa de ozono, se originan básicamente en el Norte, aunque repercuten en el conjunto del planeta. Así pues, el Norte rico no sólo importa medio ambiente del Sur pobre a través de los mecanismos normales del comercio internacional, sino que, además, los

Gran parte del deterioro del medio físico en el Sur es consecuencia directa de la actividad económica en el Norte

países industrializados están exportando insostenibilidad, en ocasiones de manera muy obvia, como cuando se envían residuos tóxicos a países del Tercer Mundo.

Así, aun cuando se apliquen políticas para mantener la calidad medioambiental en el Norte, no puede esperarse alcanzar la sostenibilidad mientras en el Sur continúe degradándose. Ya sabemos que estos criterios despiertan notables incredulidades en muchos oídos, pero mientras no se tengan en cuenta no podremos decir, con propiedad, que tratamos de encaminarnos hacia un desarrollo sostenible. No podemos eludir, como hace la *Estrategia*, nuestra pertenencia a ese 20% de la población mundial que consume el 80% de los recursos de la Tierra y que deja a disposición del 20% más pobre menos del 1% de dichos recursos. Olvidar ese componente moral de la sostenibilidad hará que ésta se torne inalcanzable.

No podemos eludir, como hace la Estrategia, nuestra pertenencia a ese 20% de la población mundial que consume el 80% de los recursos de la Tierra

4. La forma de medir

La opción por el crecimiento frente al desarrollo se manifiesta en el documento, entre otras cosas, por la forma en que se mide. Cuando se analiza la situación actual de la economía insular se incide en que *generaba, a la altura de 1996, un Valor Añadido Bruto (VAB) ligeramente superior a los 158.000 millones de pesetas, es decir, algo más de dos millones de pesetas por habitante, indicador que supera en un 8% la media del conjunto de España*. Y cuando se propone un escenario sostenible se defiende que *la confluencia de moderados crecimientos en la afluencia turística con otros equivalentes en el gasto medio permitiría que el valor añadido bruto insular y la renta per cápita se incrementaran a un ritmo considerable*. En resumen, no existe otra vara de medir que los ingresos monetarios, que tan sólo contemplan el crecimiento económico.

Si evaluáramos el crecimiento económico introduciendo en el análisis algunos de los índices corregidos ecológicamente que ya existen, seguramente resultaría que hace tiempo que nuestras economías, en realidad, no han estado creciendo sino menguando. Si al hacer las cuentas del crecimiento se contabilizaran, incluso de manera muy imperfecta y parcial, los costes externos o 'externalidades' de tipo social y sobre todo ambiental, nos encontraríamos con que en nuestra actual economía del despilfarro llevamos ya mucho tiempo menguando en lugar de creciendo. Según cálculos de la OCDE, la tasa de crecimiento económico general de los países industrializados disminuiría entre el 3 y el 5% si se restasen los costes de la contaminación (!sólo los de la contaminación;) producida junto con el producto social. Cabe pensar fundadamente que el

‘crecimiento’ actual es, en muchos casos, negativo en cuanto empezamos a considerar algunos de los costes externos asociados con el tipo actual de economía industrial.

Podemos concluir que en buena parte el ‘crecimiento’ actual sólo es aparente, porque hay enormes disminuciones del patrimonio natural no registradas en la contabilidad nacional. Como es obvio, se trata de una situación insostenible. En definitiva: en primer lugar, el incremento del PNB o del VAB no es equivalente a crecimiento económico real; por otra parte, el crecimiento económico no es equivalente a desarrollo humano.

Son ya muchas las vías abiertas por los economistas preocupados por el medio ambiente, por la reconstrucción ecológica de la economía y la sociedad, para la imprescindible reforma de los indicadores económicos a fin de que integren la dimensión ecológica por una parte, y el desarrollo humano por otra. El hecho de que en este trabajo ni se mencionen, da idea del contrapuesto camino que recorren los intereses de los autores con respecto a la sustentabilidad del sistema económico.

5. Producción y eficiencia

Uno de los factores que contribuyen a la crisis ecológica y, por tanto, a la insostenibilidad del sistema económico es la forma en que se producen la mayor parte de los bienes y servicios que consumimos. Este problema no ha sido tenido en cuenta en este informe. Puede deberse a dos razones: en primer lugar, el documento no contempla, en realidad, una diversificación económica real, por lo tanto, no se piensa en la posibilidad de un sector industrial significativo compuesto por pequeñas o medianas industrias; en segundo término, la obsesión productivista de los autores hace que se continúen obviando los auténticos conflictos que el medio ambiente sufre como consecuencia de la actividad económica.

Nuestro sistema productivo no puede seguir tratando irresponsablemente el planeta como un depósito inagotable de materias primas y como un vertedero de interminable capacidad para nuestros desechos y contaminaciones: ninguno de los dos supuestos responde a la realidad. Necesitamos ‘cerrar los ciclos’, es decir, estructurar el sistema productivo según líneas de producción limpia que: a) minimicen el consumo de recursos naturales, especialmente los no renovables; b) minimicen la expulsión de contaminantes; c) se ‘encadenen’ de tal modo que los residuos de un proceso productivo sean materia prima para algún otro proceso. Hoy es posible producir lo suficiente para cubrir las necesidades básicas y al mismo

Buena parte del ‘crecimiento’ actual sólo es aparente, porque hay enormes disminuciones del patrimonio natural no contabilizadas

tiempo lograr un nivel de razonable bienestar para todos con un impacto mínimo sobre el medio ambiente.

Además, como la *Estrategia* pone de manifiesto en el documento sobre transporte, la industria turística de la que vivimos se muestra como un sector, consumidor voraz de energía fósil y, por tanto, altamente contaminante, frente a la idílica caracterización ‘limpia’ con que suele presentarse. Así que no estamos, ni mucho menos, exentos de la necesidad de asumir la imprescindible ecologización de ‘nuestra’ industria. Tampoco podemos olvidar, como sigue haciendo el informe, la necesidad de mejorar la eficiencia ambiental de nuestra forma de producir y consumir.

La industria turística de la que vivimos se muestra como un sector altamente contaminante

Con el estadio tecnológico presente podemos, ya hoy, producir lo mismo con un consumo de energía y materias primas que no llegue al 50% de lo que gastamos en la actualidad –y las cifras son del gobierno norteamericano–. El problema clave radica en que los avances técnicos disponibles no se están utilizando exhaustivamente. Tenemos la capacidad de hacer frente a la crisis ecológica, pero el sistema económico aún no permite que estas soluciones puedan convertirse en realidad. Lo que en muchos textos se ha dado en denominar ‘la revolución de la eficiencia’ se convierte en un requerimiento básico para la sostenibilidad de nuestras economías. Y el generalizado despilfarro energético de la mayor parte de la producción y de los servicios de la Isla no permite mirar hacia otra parte, como han hecho los autores del informe.

6. El consumo

De poco (o nada) servirán las reformas para ‘ecologizar’ la producción, y muy particularmente las mejoras en eficiencia, si no se frena el crecimiento material de nuestras sociedades sobredesarrolladas. Como prueba elocuentemente la historia de los dos últimos decenios, de nada sirve mejorar la eficiencia energética o el ahorro de materiales un 1 o un 2% al año si el objetivo económico sigue siendo crecer un 3% o un 4% anual: en tales condiciones el impacto devastador sobre la biosfera seguirá aumentando. Por ejemplo, no servirá de nada reducir a la mitad las emisiones contaminantes de cada automóvil individual si al mismo tiempo se duplica la distancia total recorrida por el parque automovilístico.

El fenómeno consumista es el único de los grandes problemas ecológicos que no suele ser tratado como tal, o que, en ocasiones como la que nos ocupa, no es ni siquiera tenido en cuenta, a no ser para promover su crecimiento. En los países industrializados el consumo trasciende los valores sociales; la gente cada día mide

más el éxito por la cantidad de productos que consume, hasta el punto de que las palabras ‘consumidor’ y ‘persona’ se han convertido en sinónimos. A parte de resultar cada vez más evidente que, una vez rebasado un determinado estándar, consumir no genera un auténtico bienestar, entre otras cosas, porque se trata de una espiral sin punto final: la ‘explosión de las necesidades’ a la que asistimos lo pone de manifiesto. El despilfarro de recursos escasos que provoca la sociedad consumista es uno de los motivos claros de la crisis ecológica planetaria en la que estamos inmersos.

Desde otro ángulo, resulta evidente que el modelo consumista del que disfrutamos no puede generalizarse. Si la vida que mantiene los ecosistemas del planeta tiene que sobrevivir para las generaciones futuras, la sociedad de consumo deberá reducir de forma drástica la utilización de recursos: en parte, cambiando hacia bienes duraderos de alta calidad y baja inversión y, en parte, buscando satisfacción a través del ocio, las relaciones humanas y otros caminos no materiales, es decir, anteponiendo el desarrollo humano al desarrollo económico. A fin de cuentas, mantener el medio ambiente que sostiene a la humanidad exige que cambiemos nuestros valores. Y desde este punto de vista, resulta inaudito que en una *Estrategia* que contempla algunos programas de educación ambiental en un sentido amplio, no se haya tenido en cuenta siquiera un problema de esta gravedad. Es imprescindible transformar la manera en que consumimos, y cualquier camino hacia el desarrollo sostenible debe tener este objetivo entre sus principales propósitos; no haberlo hecho muestra la absoluta insostenibilidad de la propuesta de esta área de la *Estrategia*.

El fenómeno consumista es el único de los grandes problemas ecológicos que no suele ser tratado como tal

7. Herramientas económicas, planificación y mercados

Son muchos los que habrán oído hablar de términos como ecotasa, fiscalidad ecológica, licencias de emisión, sistemas de consigna, incentivos financieros para actividades medioambientalmente inocuas, regulación de las emisiones, modulación ecológica del gasto público, y un largo etcétera. En resumen: existen, y se utilizan ya, una buena cantidad de herramientas que permiten contribuir a que la sociedad pueda acercarse al objetivo de la sostenibilidad. Pues bien, en un estudio económico que se integra en una *Estrategia hacia el desarrollo sostenible de la Isla* no encontramos absolutamente ninguna mención a cualquiera de estos instrumentos. Inaudito, pero cierto.

Quizá este hecho pueda explicarse por los prejuicios ideológicos que prevalecen a lo largo del documento. Porque resulta evidente

que los instrumentos reseñados anteriormente tienen que ser implementados por las instituciones, y suponen una cierta planificación económica. Sin embargo, en el informe todo lo que suponga planificación o actuación del sector público de la economía se ha obviado; así que tampoco aparecen los mecanismos de control y regulación económica imprescindibles para convertir el crecimiento económico en desarrollo sostenible. La carga ideológica resulta notable, y se suma al elemento más determinante del sistema occidental de valores: la creencia dominante en la eficiencia y la libertad de las fuerzas del mercado. Mientras las sociedades industrializadas persistan en ver la mano invisible benefactora en vez del codo invisible destructor del mercado, será muy difícil proteger el medio ambiente.

En el informe todo lo que suponga planificación o actuación del sector público de la economía se ha obviado

Se revela imprescindible fijar metas y restringir luego la actividad económica para cumplirlas mediante diversas clases de intervenciones. Este proceso puede describirse como una forma de planificación. Con planificación nos referimos simplemente a la acción de elegir los resultados macroeconómicos de la actividad económica, no a la determinación de sus métodos microeconómicos. Esta distinción nos parece crucial. Al describir una economía sostenible como una economía planificada, lo que estamos diciendo es que las instituciones tienen que decidir (en una primera etapa de la elaboración política) el grado del impacto ambiental general de la economía. Sin embargo, no tienen por qué dictar (en una segunda etapa) la forma en que se logre este impacto. En este sentido, la planificación contrasta con la actuación de las fuerzas del mercado, pero no impide la existencia de mercados.

El uso de estos instrumentos para cambiar las condiciones de los mercados no destruye el sistema de 'mercado libre'. Aunque, pese a la retórica habitual de algunos, en los países industrializados no hay ningún mercado 'libre', y poca gente querría, en realidad, que lo hubiera. Los mercados ya están sujetos a toda clase de regulaciones e impuestos. En efecto, incluso los gobiernos que más proclaman su adhesión a las fuerzas del mercado procuran controlarlas en muchas áreas de la economía. La política sobre la inflación constituye un buen ejemplo en el campo gubernamental, pero esta realidad la encontramos igualmente entre los empresarios que tanto proclaman la necesidad de mercados 'libres' cuando luchan a brazo partido por la tajada de las subvenciones públicas, que en nuestro país superan los cuatro billones de pesetas, un 5% del PIB.

En cuanto se excava un poco hacia las raíces de la crisis ecológica

global aparece el lado oscuro del capitalismo industrial: su consustancial dinámica de incontenible crecimiento y de creación de desigualdad. La historia de este siglo ha mostrado con cierta claridad que ni el capitalismo puede superar sin planificación su tendencia intrínseca a la autodestrucción, ni en sociedades industriales complejas resulta imaginable la construcción de algún tipo de socialismo sin mercados.

8. Sector público, haciendas locales e impuesto turístico

Hasta tal punto está negada la posibilidad de planificar o intervenir desde el sector público en la marcha de la economía que la primera empresa de la Isla, el Cabildo, ni aparece. Nos parece, desde luego, una actitud que, además del prejuicio ideológico señalado, denota un análisis de la realidad económica insular completamente insuficiente. Creemos que el sector público de la economía insular ha de jugar un papel fundamental en el camino hacia la sustentabilidad de nuestra sociedad y constituye una herramienta imprescindible para acercarnos a dicha meta.

La capacidad de regulación y de intervención económica de las instituciones insulares no es baladí. Como mero ejemplo, pensemos en lo que podría conseguirse implantando un criterio ecológico a la hora de adjudicar las notables subvenciones públicas que se conceden. Pensemos cómo podría mejorar la sostenibilidad de nuestra economía si dejaran de primarse actividades insostenibles y se dedicaran esos recursos a promover iniciativas que primaran el mantenimiento del medio ambiente. Que la capacidad de las subvenciones y de la regulación para acercarnos a la sostenibilidad no haya sido siquiera tenida en cuenta en el informe, vuelve a poner de manifiesto lo lejos que éste se encuentra del desarrollo sostenible.

Buena prueba de lo referido anteriormente la constituyen las propuestas que se realizan para mejorar el estado de las haciendas locales. *En este sentido, el escenario Lanzarote en la Biosfera se caracteriza por la racionalización de las estructuras de ingresos locales y una mejora de los recursos técnicos y humanos responsables de su gestión. A este escueto resumen se añaden el abastecimiento de las herramientas informáticas, la necesidad de renegociar de forma conjunta las deudas municipales con las entidades financieras, que éstas últimas participen de forma activa en la Estrategia, inspección y control de los ingresos y gastos, y para terminar, incrementar las posibilidades para obtener un mayor volumen de [ingresos de] la Unión Europea.* Conclusión: más que una propuesta para incrementar los ingresos de las haciendas locales

El sector público de la economía insular ha de jugar un papel fundamental en el nuevo camino hacia la sustentabilidad

*Es ineludible
entrar a debatir
la transforma-
ción de los
ingresos de las
haciendas
locales*

parece indicar la necesidad de que las instituciones se apañen con lo que tienen –eso sí, racionalizándolo todo mucho– y no pretendan entrar en el terreno de la redistribución de la riqueza.

No es, por supuesto, que tengamos nada en contra de racionalizar la gestión de los caudales económicos de las instituciones de la Isla ni de buscar más fondos europeos. Pero es ineludible entrar a debatir la transformación de los ingresos de esas instituciones, con mucha mayor razón si se promueve un desarrollo sostenible que va a privarles de buena parte de sus ingresos tradicionales: los que se obtenían de la construcción de camas turísticas. Y en este sentido, resulta obligado poner de manifiesto que la industria turística lanzaroteña está obteniendo un beneficio económico considerable que, además, se vería incrementado al congelarse la construcción de nuevas camas o si se ralentiza su ritmo.

De una situación en la que el gasto por turista está decreciendo en todo el Archipiélago, se pasaría, según el informe, a un *incremento en términos reales del 3,6% anual, equivalente a un crecimiento medio anual inferior a las 400 pesetas por turista y día*. Estamos completamente de acuerdo en que ese incremento se producirá y en que su cuantificación resulta más que prudente; en lo que discrepamos es en que ese incremento vaya a engrosar los ya cuantiosos beneficios de la industria turística. Hablamos de unos ingresos generados por una medida pública: la contracción del número de camas previsto; y que, además, puede reducir esos ingresos públicos al disminuir notoriamente el número de licencias concedidas por las instituciones. Por tanto, ese incremento del gasto turístico debe revertir a la sociedad y convertirse en la palanca económica que permita transformar de manera sostenible la economía insular y, consiguientemente, contribuir a su diversificación.

Estamos proponiendo convertir ese nuevo excedente generado, esas 400 pesetas por turista y día, en un impuesto turístico insular. Un nuevo ingreso público que permita financiar la transformación sostenible de la economía insular; resolver las nuevas necesidades de las haciendas locales; la urgencia de trasvasar fondos del sector hegemónico en que durante estos años se ha invertido casi todo (el turismo) a otros sectores económicos básicos, o sea diversificar de verdad nuestra economía; y contribuya a la mejor prestación de servicios públicos, de la que se beneficiarán tanto la población como la propia industria turística.

Pues bien, si la cantidad de 400 pesetas por turista y día no parece exagerada, aunque tampoco sea nimia, los resultados para las arcas

públicas insulares son, sin embargo, muy apreciables: 400 pesetas por las 66.589 camas propuestas por el Cabildo y por los 365 días del año, producen unos ingresos anuales de 9.700 millones. Un impuesto turístico, que genera unos ingresos que casi igualan el presupuesto anual del Cabildo, sí nos parece un instrumento que permite *la cualificación de las haciendas locales*; y a partir de él ya podemos asumir toda la ‘racionalización’ y las ayudas europeas que el documento demanda. Sin una medida de este tipo, lo demás son zarandajas para que todo siga como está.

9. Turismo

Que todo siga como está significa poner la Isla al servicio de la industria turística y no al revés, como parece más lógico defender. Esta actitud con respecto al turismo la encontramos en buena parte de la *Estrategia*, pero aquí brilla con luz propia. En la página 30 del documento encontramos un cuadro con el título: *La transición desde el actual modelo turístico de Lanzarote hacia un turismo de calidad*, que resume bastante bien el sentido de lo que se propone. La alternativa que se defiende se puede muy bien definir como gran consumidora de territorio. Si una de las grandes ventajas del PIOT consistió en la concentración del turismo en tres grandes áreas de la Isla: Puerto del Carmen, Costa Teguise y Playa Blanca, ahora se plantea la necesidad de ocupar el conjunto del territorio, especialmente territorios frágiles o emblemáticos, y ponerlo a disposición de los visitantes de ‘calidad’.

Se comienza recomendando la captación de un *turismo residencial en villas*, opción que supone un aumento en el consumo de territorio, en clara oposición a la densificación urbana que se propone en el área de urbanismo. Pero, además, no de un territorio ya urbanizado, sino que se habla de *residencias singulares fuera de las zonas saturadas*, o sea, se está defendiendo la necesidad de colonizar más territorio virgen. Lo mismo ocurre cuando a continuación se propone un *turismo en hoteles de alto standing*, y se especifica que éstos deben ser *singulares* y en sitios *aislados*. En este caso se vuelve a contradecir otra de las áreas de la *Estrategia*, la referida a la energía, al contemplar *estancias cortas y repetidas*, justo lo contrario de lo que allí se propone con el fin de limitar las emisiones contaminantes causadas principalmente por el transporte de acceso a la Isla. Esta misma incongruencia volverá a repetirse cuando, más adelante, se argumente la necesidad de captar turismo en lugares como Japón o Norteamérica. Para terminar este primer apartado se citan unos *requerimientos*, entre los que sorprende encontrar los

Ese incremento del gasto turístico debe revertir a la sociedad y convertirse en la palanca que permita transformar la economía insular de manera sostenible

campos de golf y los puertos deportivos, instalaciones que se han convertido en el emblema negativo de cualquier lucha ecologista por lo que al turismo respecta.

El segundo apartado supone más de lo mismo con respecto a la utilización del territorio. En primer lugar, *turismo rural*; después, *vulcanología o espeleología*, a lo que se añadirá posteriormente otros *deportes de riesgo, senderismo, bicicleta, caballo, etc.* Exactamente lo contrario de lo que se demanda en el área de ecología de la *Estrategia* para conservar los lugares emblemáticos y frágiles del territorio insular, que en este informe se destinan al uso de nuestros visitantes.

Si una de las grandes ventajas del PIOT consistió en la concentración del turismo en tres grandes áreas, ahora se plantea ocupar el conjunto del territorio

Posteriormente, se plantea un *Plan estratégico, caracterizado por cuatro grandes objetivos y seis líneas de acción* que permitiría concretar la opción por un 'turismo de calidad'. El plan, al margen de su excesiva generalidad, conllevaría un coste económico de una magnitud importante; y sería curioso interrogarse sobre quién podrá sufragarlo tras haber propuesto una alternativa que supone la congelación de los ingresos de las haciendas locales. Estamos seguros, visto el tinte ideológico del documento, de que no se piensa que pudiera correr a cargo de los empresarios turísticos, que son, sin embargo, los grandes beneficiados del conjunto de las medidas propuestas. Medidas destinadas a generar un valor añadido a los alojamientos turísticos, aunque para conseguirlo necesiten utilizar la totalidad del territorio insular, sin que por ello se proponga que también los beneficios pudieran revertir de forma directa en el conjunto de la población.

La alternativa turística vuelve a poner de manifiesto lo alejado que se encuentra este trabajo de cualquier posición que ponga el medio ambiente por delante del crecimiento económico. Hemos de insistir en que la opción defendida nos parece un retroceso claro con respecto a la concentración del turismo que se logró con el PIOT.

10. Diversificación económica

Uno de los grandes problemas de la economía de Lanzarote lo constituye la absoluta dependencia del monocultivo turístico. Los datos que el informe aporta sobre la situación actual se pueden concretar en uno de sus párrafos: *En conjunto, el peso del turismo en el VAB de Lanzarote ronda el 70%. El 30% restante del VAB no tiene como destino satisfacer demandas generadas directa o indirectamente por los visitantes. Los servicios personales, el comercio, los servicios públicos, la pesca de altura, la industria transformadora, etc. son las actividades protagonistas de esta fracción*

de la producción insular. Parece claro que la mera lectura de las estadísticas, sin el conocimiento directo del terreno, no permite construir una visión acertada de la realidad que se pretende analizar: cualquiera que conozca la Isla sabe que un importante porcentaje de las actividades encuadradas en el 30% restante de la actividad económica tiene por objeto *satisfacer demandas generadas directa o indirectamente por los visitantes*. Pensar que *los servicios personales, el comercio, los servicios públicos, la pesca, la industria o la agricultura* no dedican una parte significativa de sus esfuerzos al mercado turístico no indica más que desconocimiento de la realidad. Por tanto, resulta evidente que el monocultivo turístico supone una cifra bastante más elevada que ese 70% calculado.

No obstante, la cifra no es lo relevante en estos momentos, sino la alternativa que se plantea a la situación actual, lo que en la *Estrategia* se denomina el escenario Lanzarote en la Biosfera, el escenario sostenible. Pues bien, frente a ese 70% del turismo y 30% del resto de la actividad económica ¿qué se propone? En el plano teórico se defiende la necesidad de *perseguir la diversificación del tejido productivo*. Sin embargo, a la hora de concretar la alternativa, la conclusión es que *el peso de las actividades no turísticas en el VAB total se mantendría en el entorno del 31%, estabilizándose también el peso del turismo en el 69%*. De esta manera, la gran diversificación de la economía insular que la *Estrategia* propone se circunscribe a que el peso de las actividades no turísticas se incremente desde el 30 al 31%. Así, tal cual, es el ‘desarrollo sostenible’ según el particular punto de vista de los autores de este informe; y así será el análisis de los sectores tradicionales de la economía lanzaroteña: agricultura, ganadería y pesca.

AGRICULTURA. Entre los sectores que tienen una importancia central para la reconstrucción ecológica de la sociedad industrial se encuentra la agricultura. Necesitamos impulsar la transición desde los actuales sistemas industrializados hacia una agricultura sustentable, mucho menos intensiva en energías no renovables y agroquímicos, que asegure la producción de alimentos, respete la biodiversidad y cree nuevas relaciones entre las ciudades y el campo.

En este contexto, sorprende que una de las características fundamentales de la alternativa agrícola de la *Estrategia* consista en reivindicar la cuestionada agricultura industrial a la que nos referíamos con los siguientes términos: *un modelo de desarrollo agrario intensivo y empresarial*. Por tanto, la solitaria mención a los cultivos “ecológicos” de la página 43 no puede interpretarse más que

La diversificación de la economía insular que la Estrategia propone se circunscribe a que el peso de las actividades no turísticas se incremente desde el 30 al 31%

*La opción
insostenible
que se defiende
en esta área
contamina el
conjunto de la
Estrategia*

como referencia cosmética; de hecho, no vuelve a apuntarse ni siquiera en los programas de actuación. Además, ese *modelo de desarrollo agrario intensivo y empresarial* que impera en casi todo el mundo se caracteriza por la utilización generalizada de fertilizantes y pesticidas, la contaminación seria de los suelos en los que tiene lugar esa agricultura intensiva, degradando la tierra a la vez que se convierte en un peligro para la salud de los consumidores. Pero, sobre todo, conviene resaltar la mitificación de los rendimientos agrícolas del modelo mencionado: mientras la tradicional agricultura cerealista castellana, tan denostada a veces, tan poco empresarial, llegaba a alcanzar rendimientos energéticos de 20 a 1, la agricultura industrial española –que aquí se defiende– sólo alcanza en promedio 0,8 a 1: es decir, su balance energético es negativo.

Al margen del modelo propugnado, la propuesta contempla apenas una ligera recuperación de la superficie cultivada. Frente a las 3.500 ha de 1995 se propone que el esfuerzo para los próximos diez años permita volver a la superficie cultivada del año 1992: 4.000 ha. Como se ve, la diversificación económica va a ser poca diversificación. Pero, además, la falta de imaginación resulta sorprendente: una vez dicho que *la estrategia a seguir debe tomar como referencia el caso de los Vinos de Lanzarote* –con lo que mostramos nuestro completo acuerdo–, se defiende que la gran mayoría de las cuatro mil hectáreas se dediquen al viñedo, *que admite todavía una gran expansión para satisfacer la creciente demanda de las bodegas*. Sin duda, sería más razonable utilizar la referencia de los Vinos de Lanzarote para intentar conseguir algo parecido con otros productos, en lugar de tratar de explotar hasta que estalle una veta que en su dimensión actual funciona adecuadamente.

GANADERÍA. La *Estrategia* propone *el mantenimiento de la cabaña de caprino y de la población ocupada*. Prácticamente nada más. Y, a primera vista, el ejemplo de los Vinos de Lanzarote debería ser imitado en este campo con mayor facilidad que en el agrícola. Se trataría de generar una línea de productos de leche de cabra con el sello Lanzarote, con especial hincapié en unos quesos de mayor valor añadido. No obstante, en este terreno habría que entrar a valorar si una parte significativa del consumo de carnes de todo tipo que relizamos no pudiera abastecerse desde aquí sin tener que transportarla del exterior. Sobre todo, teniendo en cuenta que lo que nos llega son carnes ‘producidas’ en naves industriales mediante su alimentación con piensos. Quizá incluso con las harinas de pescado que para este uso exportamos desde Lanzarote.

PESCA. El análisis del sector pesquero es, sin embargo, bastante más racional y ajustado y contempla mejor las consecuencias medioambientales de la actividad.

II. La dependencia exterior

Una de las características principales de la economía lanzaroteña, además del monocultivo turístico, es la absoluta dependencia del exterior. Este fenómeno no ha sido siquiera comentado en el documento. El turismo, nuestra principal fuente de riqueza, nos llega de fuera; del exterior provienen la inmensa mayoría de los productos de los que nos alimentamos, los que utilizamos para fabricar lo poco que producimos y para proporcionar la generalidad de los servicios que prestamos, etc. Pero, lo más importante, es que del exterior nos llega la energía necesaria para hacer cualquier cosa en la Isla y que esa misma energía resulta imprescindible para que lleguen todos los visitantes y productos a los que nos referíamos. La economía lanzaroteña es, más que cualquier otra, altamente dependiente de las energías fósiles. Y si este problema debe ser analizado en cualquier alternativa sostenible que se precie, en una dedicada a Lanzarote con mucha más razón.

Las energías fósiles, que sustentan la civilización industrial, están agotándose a la vez que modifican el clima de la Tierra. De forma correspondiente a su papel fundamental como motor de la producción y de las transformaciones humanas del medio, la energía es el máximo responsable del deterioro ambiental acelerado que estamos viviendo. El 80% de los contaminantes vertidos a la atmósfera proviene de la quema de los combustibles fósiles. Si necesitáramos reducir a un único problema las causas de la crisis ecológica de nuestro planeta, éste tendría que ser la energía.

Pero no traemos a colación aquí el tema de la energía fósil por sus implicaciones en la crisis ecológica global, sino por sus tremendas implicaciones futuras para la economía conejera. Los problemas que crea y su futura escasez acabarán produciendo un sustancial encarecimiento de profundas consecuencias económicas para nosotros. De hecho, comienza a circular por Alemania la propuesta de Los Verdes de que los ciudadanos no salgan de vacaciones fuera del país más que una vez cada cuatro o cinco años. ¿Cuánto tiempo más se mantendrá el keroseno de aviación libre de impuestos o ecotasas? No mucho. ¿Cuánto se encarecerán los viajes de los turistas a la Isla? La imposición de ecotasas a cualquier forma de consumo de la energía fósil es algo que ya defienden hasta los demócrata-cristianos alemanes. Y como nada nos llega sin utilizar esa energía

Hay que atreverse a pensar por cuenta propia, e imaginar un estilo de vida que se adapte a las características específicas de los ecosistemas canarios

fósil, todo se verá afectado por los consiguientes incrementos de precios. Dentro de la Isla ocurrirá lo mismo si no preparamos una auténtica ‘estrategia solar’ para los próximos años.

12. Conclusión

Que un problema futuro de esta magnitud se encuentre ausente de un estudio sobre nuestro porvenir económico, no hace más que poner de manifiesto la ceguera que a buen número de economistas les impide afrontar la profundidad de la crisis ecológica y los cambios imprescindibles que deben producirse en su disciplina a la hora de afrontar un futuro verdaderamente sostenible. Aunque, a veces, como en este caso con la energía, no es que no se piense en las generaciones futuras, es que a la velocidad que van las cosas no se piensa ni en el futuro de esta generación.

*Las fuentes
últimas del
desarrollo son,
precisamente, el
medio natural y
la capacidad
humana de
transformarlo y
conservarlo*

La opción insostenible que se defiende en esta área contamina el conjunto de la *Estrategia*. La importancia del modelo económico en una *Estrategia* que se define como proceso *hacia el desarrollo sostenible* no puede pasar desapercibida para nadie, mucho menos para un equipo redactor tan numeroso como el que ha trabajado en el proyecto. Además, las contradicciones entre este trabajo y gran parte de los restantes deja al descubierto la debilidad de unos documentos que no constituyen un análisis interdisciplinar de la realidad lanzaroteña, sino aportaciones aisladas que ni siquiera han sido convenientemente contrastadas antes de su presentación pública.

Deseamos terminar esta crítica del informe *La Economía insular* con las palabras que Federico Aguilera Klink, –un economista que entiende que el crecimiento ilimitado en un mundo finito resulta imposible– utiliza para concluir su aportación al libro *Canarias. Economía, ecología y medio ambiente*: “En resumen, la inviabilidad del vigente estilo de desarrollo no es nueva, se trata sólo de una imposibilidad lógica de carácter biofísico. De ahí que consideremos absolutamente imprescindible realizar un serio esfuerzo para atreverse a pensar por cuenta propia, e imaginar un estilo de vida que se adapte a las características específicas de los ecosistemas canarios, sin rechazar la tecnología que sea adecuada, pero exigiéndole al mismo tiempo que incorpore un cambio en los patrones de producción, consumo y distribución para no poner en peligro dichos ecosistemas. Al fin y al cabo, las fuentes últimas del desarrollo son, precisamente, el medio natural y la capacidad humana de transformarlo y conservarlo”.